

2813001

# Páginas de la Historia

Por FABIO L. CASTELLANOS

(COMPLACIENDO A NUESTROS  
LECTORES)

## Rosa, "La Bayamesa"

Casi al cierre de la presente edición del Boletín, nos llega una carta interesante del Central América en Oriente; dicha carta la firma el señor Benicio Comas, el cual nos informa que visitó esta ciudad y pasó por la casa donde vivió y murió Rosa Castellanos y Castellanos, más conocida por Rosa La Bayamesa. El señor Comas se lamenta del abandono en que tenemos la memoria de la abnegada patriota, a la cual muy pocos cubanos conocen; y termina manifestándonos su deseo de ver publicado algo sobre su personalidad y su patriótica labor.

Nosotros, que comprendemos la verdad de las afirmaciones del señor Benicio Comas, reproducimos en este número extraordinario las palabras de ese gran amante de las cosas de la Patria, que es nuestro amigo Fabio L. Castellanos. El cual puede hablarnos con entera propiedad, por haber tenido la suerte de conocer a Rosa en plena actuación revolucionaria.

Sea éste, nuestro homenaje de recordación a aquella insigne mujer al cumplirse el 47 aniversario de su muerte, transcurrido en el mayor de los olvidos.

Nuestras guerras de Independencia se caracterizaron, entre otros aspectos por su movilidad, su lucha cuerpo a cuerpo y el valor personal de sus guerreros.

Del más simple soldado cubierto de harapos se contaban hazañas dignas de la fama; de la más humilde de las rancheras se recordaban las vidas de combatientes arrancados a la muerte por su abnegación o su valor temerario. Durante la Guerra Grande, el que caminaba por los bosques en cualquier dirección, encontraba ranchos ocultos y abandonados, que servían de guarida a perros jíbaros, a manadas de cerdos alzados, aves nocturnas y a otras alimañas.

Todos esos ranchos prestaban un verdadero servicio en la guerra a los nuestros.

Eran por un lado, el refugio de nosotros en los días de las persecuciones del enemigo a las rancherías, en que dejábamos nuestras casas más expuestas al peligro por estar al pie de los ríos y caminos, y también servían de Hospitales a las fuerzas cubanas.

La vida de movimiento de nuestros soldados y la poca seguridad que se tenía de poder defenderlos por la fuerza, no permitía tener los Hospitales en firme, sino ambulantes, o en lugares bien escondidos del enemigo.

Entre los Hospitales que nosotros vimos, figura el que estaba en San Diego del Chorrillo, cerca de nuestra zona.

Este Hospital tenía ranchos en el CHORRILLO, otros en el PILON y también en los montes de Santa Inés.

Entraba en turno uno de estos lugares, según fueran las persecuciones del enemigo.

Lo había fundado, lo dirigía y lo mantenía una mujer llamada ROSA CASTELLANOS CASTELLANOS y a quien todos conocíamos por "ROSA LA BAYAMESA", porque era oriunda de Bayamo.

Era una mujer negra, de buena presencia, valor y energía extraordinarios, de inteligencia muy clara y mente ágil.

Su marido, José Varona, tenía un

2

balazo en un tobillo que recibió en el asalto dado al taller de armonía de "El Cafetal", de Maraguán, por una de las fuerzas volantes.

El respeto, la admiración y el cariño que despertaba entre todas las personas que la trataban; el valor y la energía demostrados en más de una ocasión en que sobre sus hombros cargó y retiró del combate al mambi herido, y el arrojo o la astucia con que defendió su Campamento de Sangre de la persecución enemiga; mereció no sólo la mención de honor en todos los campamentos de las fuerzas cubanas, y que se le concediera el grado de Capitana; sino que hasta en el extranjero la prensa americana y otras, dedicaron artículos destacando la personalidad de la excelsa cubana.

En los rústicos asientos del Hospital del Chorrillo se sentaron, o se curaron sus llagas, sus fiebres o sus heridas, los más elevados dignatarios de la República en armas, y también los más humildes de los guerreros y de los rancheros; que todos tenían cabida por igual en el regazo acogedor de aquella admirable mujer.

La palabra breve y enérgica de Máximo Gómez, se hacía suave y tierna cuando hablaba con Rosa; para el Marqués, su casa era un oasis, y para todos la casa de la Bayamesa era un refugio contra el dolor o el desaliento. Ella era el médico, la enfermera, cocinera, forrajera, preparaba las medicinas, aprovechando

los recursos de la flora cubana, cuyas propiedades curativas conocía bien; lavaba la ropa de los heridos y con la ayuda de cuatro hombres a sus órdenes, defendía el Hospital con asombrosa entereza.

En plena era republicana, el 25 de Septiembre de 1907 murió Rosa la Bayamesa.

La segunda intervención americana, consecuencia de la Guerrita de Agosto ponía una nota de tristeza en la mayoría de los cubanos, y una duda cruel en muchos espíritus que pensaban en el futuro del país.

El cadáver de Rosa la Bayamesa fué tendido en el Ayuntamiento.

El Camagüey entero desfiló tras su féretro. Al llegar éste a la calle del Cristo frente a la Catedral comenzó a desplomarse el mayor aguacero que registraba Camagüey hasta entonces. De aquel gentío enorme nadie se movió, nadie desertó.

La policía marchaba toda delante del cortejo, y a su frente un oficial superior del Ejército americano, le servía de jefe.

Cuando este jefe vió admirado aquel pueblo que aguantaba firme el torrencial aguacero, se despojó de su capa y así descubierta ordenó la marcha. Todos le imitaron, y descubiertos, calados, como en la manigua, el pueblo depositó los preciados despojos en su última morada.

Este gesto magnífico del Oficial de la Policía, secundado por todo el cortejo, fué el más digno y elocuente homenaje que podía tributar el pueblo a la valiente Capitana.

*Acción épica bayamesana,  
Oct/54*

del Historiador de la Ciudad de Santiago de Cuba, Dr. Manuel de los Angeles Rodríguez, en el Museo de Historia y Geografía de la Ciudad de Santiago de Cuba